

CAPITULO LXII

FINAL

Una botella, por largo tiempo excluida de la luz del día, y cubierta de telas de araña y de polvo, ve por último el sol, y su dorado líquido brilla esplendoroso en la mesa.

Es la última botella del viejo vino de Madera.

— Tiene usted razón, mister Gills — dice mister Dombey; — este es un vino verdaderamente delicioso.

El capitán, que es de la partida, deslumbra de alegría. Un verdadero nimbo de felicidad circunda su frente.

— Nos prometimos, á nosotros mismos — observó Gills, — quiero decir, Neel y yo...

Mister Dombey saludó al capitán con una breve inclinación de cabeza.

— Nos habíamos prometido bebernos esta botella un día cuando Wálter hubiera regresado al hogar, aunque un hogar como el que hoy tiene, nosotros nunca lo pensamos. Si no halla usted inconveniente, señor, beberemos devotamente este primer vaso á la salud de Wálter y de su mujer.

— ¡Por Wálter y por su mujer! — dijo mister

Dombey. — ¡Florencia, hija mía!... — y se volvió para besarla.

— ¡Por Wálter y por su mujer! — exclamó Toots.

— ¡Por Wálter y por su mujer! — gritó el capitán Cuttle. — ¡Hurra!

Y como el capitán manifestaba un deseo imperioso de chocar el vaso con alguno, mister Dombey presentó el suyo; los demás siguieron el ejemplo, y hubo un repiqueteo cristalino, alegre como toque de campanas á boda.

Otro vino, enterrado en lo más recóndito de la bodega, envejece como el Madera envejeció en pasadas épocas, y el polvo y las telas de araña van tapizando las botellas.

Mister Dombey es un caballero de cabeza cana, su rostro lleva las señales que dejan el dolor y el sufrimiento, pero no son más que las señales de lo que ya pasó; la calma ha sucedido á la tormenta.

No le turban ambiciosos proyectos. Sólo se enorgullece con Florencia y con Wálter. Es un hombre tranquilo, silencioso, que siempre busca la compañía de su hija. Miss Tox forma frecuentemente parte de las reuniones en familia siendo una amiga predilecta. Su admiración por el altivo caballero de otros tiempos ha cambiado de forma, pero su intensidad sigue la misma.

Nada le queda á mister Dombey de sus bienes, sólo percibe cierta renta, cuyos orígenes ignora y que le han explicado como restitución de cantidades que le deben; su antiguo empleado mister Morfin le ha dado esta sumaria explicación, asegurándole que podía aceptar este reintegro sin reparo.

El solterón de los ojos de almendra, que ya no es

un solterón, se casó con la hermana del empleado humilde. Algunas veces visita á mister Dombey, pero de tarde en tarde. Wáiter de cuando en cuando va de visita á casa del antiguo solterón, su mujer y cuñado. Florencia va también á esta agradable casa y entonces se conciertan unos soberbios dúos de piano y violonchelo.

Y del guardia marina de madera, ¿qué sabemos? Pues que está siempre bien, ocupado en observar los coches, más alerta que nunca, remozado por la pintura desde los picos del sombrero hasta las hebillas de los zapatos. Y además que, por encima de la cabeza del muñeco, se lee en refulgentes letras: « Guills y Cuttle ».

Los negocios del guardia marina de madera no parece que han prosperado mucho; pero en un circuito de media milla á la redonda, tomando por centro el paraguas azul de Leadenhall Market, se susurra que mister Gills ha colocado ventajosamente fondos y que, al contrario de lo que suponía al creerse atrasado con relación á los tiempos presentes, estaba muy adelantado á ellos. Añádese misteriosamente que el dinero de mister Gills corre que es un gusto. Lo cierto es que cuando mister Gills está á la puerta de su tienda, vestido con su traje color de café, el cronómetro en el bolsillo y las gafas levantadas hasta la frente, no parece inquietarse porque no acudan compradores; se halla muy jovial y contento, aunque tan nebuloso como antes.

En cuanto á su socio, capitán Cuttles, se forja unas ilusiones comerciales para él más satisfactorias que la realidad misma. En tanto estima el capitán la importancia del guardia marina en el comercio y navegación del país, como si no pudiera salir del puerto

de Londres un solo barco sin contar con el guardia marina de madera. Lo que él goza al ver su nombre con letras doradas en la muestra es inenarrable. Atraviesa la calle veinte veces al día para mirar la muestra á distancia, é inalterablemente murmura: « Edward Cuttle, amigo, si alguien hubiera dicho á tu madre que ibas á ser un hombre de ciencia, estoy seguro de que la pobre vieja se habría caído de espaldas. »

Aquí está mister Toots que corre hacia el guardia marina; cuando entra en la trastienda no puede respirar, está coloradísimo y se ahoga.

— Capitán Gills — dice Toots — y mister Sols, tengo el gusto de participar á ustedes que mistress Toots acaba de aumentar la familia.

— ¡Eso la honra! — exclama el capitán.

— Felicito á usted, señor Toots — dice Sol Gills.

— Muchas gracias — contesta Toots riéndose. — Se lo agradezco mucho. Ya sabía que se alegrarían ustedes y por esto he venido á traerles la noticia. Tenemos á Florencia y Susana, y ahora ya tenemos otra.

— ¿Una niña? — preguntó el capitán.

— Sí, capitán Gills — contestó Toots. — Y yo digo que cuantos más ejemplares tengamos de una mujer tan extraordinaria, mejor que mejor.

— ¡Atención, muchacho! — dice el capitán tornándose hacia un botellón que está encima de la mesa junto con las pipas y los vasos, provisión para la tertulia de la noche, pues ya se acerca la hora. — ¡Atención! ¡A su salud! Y ojalá tenga muchos.

— Gracias, capitán Gills — dice Toots contentísimo. — Correspondo de corazón. Si usted me lo permite, y con ello no molesto á nadie, en vista de las circunstancias, fumaré una pipa.

Se pone á fumar Toots y, como está contento, se siente con gran locuacidad.

— Entre todas las relevantes pruebas que esta embelesadora mujer ha dado de su excelente juicio — dice Toots al capitán y á Gills, — ninguna hay más notable que la perfección con que se ha hecho cargo de mi afecto á miss Dombey.

Ambos oyentes creen lo mismo.

— Porque yo no he cambiado de ideas — dice Toots; — mis sentimientos, con respecto á miss Dombey, siguen siendo los mismos. Para mí es el faro de luz como lo era antes de hacerme amigo de Wálter. Cuando mistress Toots y yo comenzamos á hablar de... en fin, de los sentimientos amorosos que usted conoce bien, capitán Gills.

— ¡Sí, sí, muchacho! — dice el capitán. — Eso es lo que nos hace dar vueltas en redondo... Para más informes, no hay sino buscar en la Biblia.

— Así lo haré, capitán Gills — dice Toots. — Pues bien, cuando tratamos de dichos sentimientos, confesé que era yo como una flor marchita, ya sabe usted.

El capitán aprueba plenamente la imagen, y murmura que la mejor flor es la rosa.

— Pero, ¡bendito sea Dios! — prosigue Toots, — ella conocía el estado de mi ánimo tan perfectamente como yo. No tenía nada que decirla. Era la única persona que se podía interponer entre mi corazón y el secreto de la tumba. Y lo ha hecho de manera que impone una admiración sempiterna. Sabe que para mí no hay nadie en el mundo más elevada que miss Dombey. Sabe que considero yo á miss Dombey como la más hermosa, angelical y digna de ser amada. ¿Y qué observación me ha hecho? La perfección del

buen sentido; me dijo, « amigo mío, todo eso es muy exacto, está muy bien. Yo pienso lo mismo ».

— Y yo también — dice el capitán.

— Y también yo — dice Sol Gills.

Toots lanza bocanadas de humo, y contempla la chimenea de la pipa expresando en su rostro la satisfacción más reflexiva.

— Y luego, ¡qué observadora es mi mujer! — dice Toots. — ¡Qué sagacidad es la suya! ¡Qué penetración! ¡Qué agudeza! La otra noche estábamos los dos sentados, conversando en la intimidad del hogar doméstico, cuando me hizo advertir lo que hay de ventajoso en la situación actual de Wálter, diciéndome: « Ahora ya no tiene que hacerse otra vez á la mar; ya se acabaron esos viajes como el que hicieron él y su mujer recién casados. » Ya sabe usted eso, señor Sols...

— Es muy cierto — contesta el óptico restregándose las manos.

— De modo que, libre de aquellas incomodidades y peligros, Wálter se queda aquí en un puesto de toda confianza, ascendiendo rápidamente y con el apoyo de su tío, cuya posición no fué nunca tan buena. Ésto es lo que dijo mi mujer. ¿Es verdad, señor Sols?

— Sí, lo es — contestó Sol riéndose. — Algunos de los barcos nuestros, que ya creíamos perdidos, han llegado á puerto. Traen oro, y aunque mi parte es muy pequeña, presta servicio á mi muchacho.

— Exactamente — dice Toots. — Mi mujer no se equivoca nunca, es muy notable. Ya está Wálter en una buena posición. ¿Y qué resulta? Veán ustedes la penetración de mi mujer. Resulta, según ella, que, á la vista de mister Dombey, se está levantando un edi-

ficio que será igual, mayor acaso, que el otro derribado, tal vez por impericia de quien lo conservaba, por la ignorancia en materia de echar cimientos. De modo que de la hija de mister Dombey podrá ascender... quiero decir podrá alzarse otro triunfante Dombey é Hijo.

Mister Toots, con ayuda de la pipa — hasta cierto punto, pues la sensación que le causa no tiene mucho de agradable, — pone tan de relieve el vaticinio, que el capitán tira el sombrero, y, con el mayor entusiasmo, grita :

— Sol Gills, hombre de ciencia y socio mío, ¿qué dije yo de Wálter aquella noche en que por primera vez volvió del escritorio? ¿No le dije « torna, pues, Whittington, lord mayor de Londres? » ¿No fueron estas mis palabras?

— Ciertamente, Ned — contesta Sol.

— Entonces — exclama el capitán recostándose cuanto pudo en la silla y preparando su garganta para un rugido formidable. — Entonces voy á cantaros la « Adorable Margarita » entera. ¡ Firmes vosotros, y ojo al estribillo !

Otro vino, enterrado en lo más recóndito de la bodega, envejece como el Madera envejeció en pasadas épocas, y el polvo y las telas de araña van tapizando las botellas.

Llegaron los días otoñales. A la orilla del mar suelen pasearse una señora joven y un caballero que tiene el pelo blanco. Con ellos van un niño y una niña, y comúnmente los sigue un perro viejo.

El caballero de la cabeza blanca gusta de jugar con el niño, de hablar con él, y no se aparta de su lado como si tal fuera el único objeto de su vida. Si

el niño se queda pensativo, el caballero de la cabeza blanca también se queda pensativo. Y si el niño, sentándose, pregunta cosas al caballero de la cabeza blanca, mirándole á la cara, y el caballero no contesta como si su atención estuviera muy lejos ó muy alta, el niño vuelve á otra pregunta, y dice :

— Abuelito, ¿ me parezco también así mucho á mi tiíto ?

— Sí, Pablo. Pero él era muy delicado y tú eres fuerte.

— ¡ Sí, sí, yo soy muy fuerte !

— Él estaba tendido en una camita, junto al mar, y tú por todas partes corres.

Y otra vez se van juntos, paseándose y jugando, porque al caballero de la cabeza blanca le gusta ver al niño libre y bullicioso; se van juntos, y la historia que los reúne con un vínculo que no puede romperse, también se va con ellos y los sigue.

Pero nadie, nadie más que Florencia, sabe el secreto de por qué el caballero de la cabeza blanca quiere tanto á la niña. La misma niña tiene como sospechas de un secreto, pero nada más sabe. Él atesora este cariño en lo profundo de su pecho. No puede verla triste; no puede consentir que esté sola, corre á verla en su camita cuando duerme, alégrale que la niñita por las mañanas le despierte; nunca son sus caricias más suaves que cuando la niña no tiene otras; ¡ qué horror si llegara á creerse abandonada !

— Abuelito, ¿ por qué lloras cuando me besas ?

— ¡ Florencia!... ¡ Florencia !

Es la única contestación que da el abuelo, apartando los rizos que ocultan los vivos ojos de la niña.